

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *No One Saw A Thing*

© 2023, Andrea Mara. First published by Bantam, an imprint of Transworld. Transworld is part of the Penguin Random House group of companies.

© 2026, de la traducción por Tatiana Marco Marín

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: febrero de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87575-26-7

Código IBIC: FA

DL: B 16.710-2025

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Rafael Medel López

Impreso en febrero de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Andrea Mara
La niña del tren

Traducción de Tatiana Marco Marín



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

*Con amor para
la reina guerrera,
Alice Hayes.*

Capítulo 1

Ojalá Sive no les hubiera dicho a las niñas que se adelantaran.
Ojalá su editora no hubiera escogido ese momento para llamarla por teléfono.

Ojalá no hubiera aminorado el paso para mirar la pantalla.
Ojalá hubiera usado el portabebés en lugar del carísimo pero engorroso carrito, que estaba bien para las afueras de Dublín, pero era totalmente inapropiado para el metro de Londres durante la mañana húmeda de un lunes de agosto.
«Ojalá...».

Como ocurre con la mayoría de los desastres, no fue un único acontecimiento, una única decisión o la falta de alineación entre los planetas lo que lo provocó, sino una miríada de vicisitudes diminutas que se habían ido dando a lo largo de la mañana.

Si no hubieran escogido aquel día para ir a disfrutar de un *brunch*...

Si no hubieran escogido aquella semana para visitar Londres...

Si los amigos de Aaron no hubiesen necesitado organizar un reencuentro para conmemorar los veinte años que habían pasado desde que se habían conocido o para ver quién iba ganando en la vida...

«Sí, sí, sí...».

Pero ahí está, empujando el carrito con una mano y sacándolo del ascensor para dirigirse hacia el andén ardiente y atestado en plena hora punta mientras intenta ver quién la está llamando a las 8:30 de la mañana cuando se supone que está de vacaciones.

–¡No te pares, Faye! Sube con Bea –le dice a su hija de seis años mientras ambas niñas, que van agarradas de la mano, se acercan a las puertas abiertas del metro–. ¡Voy justo detrás de vosotras!

El teléfono sigue vibrando y mira la pantalla con los ojos entrecerrados. Las gafas que utiliza para leer (una necesidad reciente y que no ha recibido de muy buen grado) están en la habitación del hotel, pero casi puede distinguir el nombre de la persona que la está llamando. Caroline. Su editora. Su editora, que sabe que no está en la ciudad, pero que, de forma muy oportuna, lo ha olvidado. Mientras sigue empujando el carrito con una mano, pasa un dedo con torpeza por la pantalla para rechazar la llamada, pero se ha cortado sola. Tal vez haya perdido la cobertura telefónica ahora que están bajo tierra. Alza la vista para ver dónde están sus hijas. Justo delante, puede ver dos chaquetas vaqueras de color rosa, una pequeña y la otra aún más. El andén está desbordado de personas que se dirigen al trabajo a toda velocidad y que avanzan con decisión para subirse al tren. Sive intenta abrirse paso entre la multitud mientras murmura «Disculpe» y «Lo siento» a pesar de que, por otro lado, es consciente de que semejante nivel de educación tan propio de los turistas no es necesario en esa situación. Unos metros por detrás de sus hijas, se ve arrastrada hacia las puertas por la oleada. A través de una rendija estrecha entre la marea de pasajeros, ve que Faye se sube al metro sin soltar la mano de Bea y que la pequeña de dos años trepa también al vagón.

Y entonces, de repente, las puertas se cierran.

Sus hijas están dentro, mirando al exterior.

Sive se queda fuera, mirando al interior.

Con el corazón en la garganta, se abalanza hacia delante. El carrito, que tan incómodo le resultaba un momento atrás, se convierte en un ariete muy eficaz mientras se abre paso entre los transeúntes, gritando el nombre de sus hijas. Sin embargo, no sirve de nada. El tren comienza a deslizarse y,

cuando al fin entiende lo que está ocurriendo, Faye abre los ojos de par en par.

—¡Bajaos en la siguiente parada! —ruge Sive—. ¡En la siguiente parada, Faye!

Gesticula hacia delante y hacia abajo en una especie de señal que pretende significar «siguiente parada». Es consciente de que es imposible que Faye pueda oírla o comprender lo que le está diciendo, pero tiene la esperanza de que algún otro pasajero descifre el mensaje correctamente y baje a las niñas del tren.

Y, así, el metro se aleja con Faye, de seis años, y Bea, de dos, a bordo y deja a Sive, que se siente impotente y aterrada, en el andén.

La adrenalina o la claridad mental que la han empujado a gritarle a Faye la abandonan. De algún modo, mientras contempla las luces traseras del metro, siente las extremidades flácidas y petrificadas al mismo tiempo.

«Santo cielo».

Sus hijas están en un tren, en una ciudad con ocho millones de personas, durante la hora punta de un lunes por la mañana. Sin ella. Sin ningún adulto. ¿Qué demonios se supone que tiene que hacer? ¿Intentar llegar a la siguiente estación? ¿Ir corriendo hasta allí con el carrito? ¿Pedir un taxi? ¿Llamar a la Policía? Salir de la estación le parece contraintuitivo. ¿Y si regresan y ella ya no está? Pero ¿cómo iban a regresar hasta allí? ¿Las llevaría de vuelta alguien que vaya en el mismo vagón y haya presenciado lo que ha ocurrido? ¿Acaso la gente hace ese tipo de cosas?

Alguien le está hablando. Una mujer que está a su lado en el andén. Con gran esfuerzo, Sive se obliga a concentrarse.

—Así que quédese aquí. Yo iré a buscar a alguien que pueda ayudarla —dice la mujer—. ¿De acuerdo? —Sive asiente como una tonta—. El hombre que iba justo al lado de la más pequeña en el vagón la ha oído. ¿Lo ha visto? —No lo ha visto—. Ha levantado los pulgares. Bajaré a sus hijas en la

próxima parada. Así que tan solo tenemos que llevarla hasta allí y encontrar a alguien que pueda avisarlos por radio. –Confundida, agradecida y aterrada, asiente una vez más–. El próximo metro llegará en cuatro minutos. Voy a buscar a alguien. Quédese aquí.

Sive hace lo que le dice. Mece el carrito de forma automática mientras contempla las vías como si sus hijas fuesen a reaparecer por arte de magia si lo desea con suficiente fuerza. Alza la vista para mirar la información de los trenes. Tres minutos para el siguiente. Puede hacerlo. ¿Dónde está la mujer? Mira a su alrededor. ¿Dónde están los trabajadores? Por todas partes, los viajeros se arremolinan en el andén con prisa y a empujones. El calor es asfixiante y, en el carrito, el bebé comienza a gimotear. Sive le frota la mejilla y sigue meciéndolo.

«Dios santo, Dios santo, Dios santo... Que estén bien. Que no estén perdidas en esta ciudad enorme».

De pronto, no le gusta la idea de quedarse allí quieta. ¿Cómo puede quedarse en el andén mientras sus hijas se dirigen a toda velocidad hacia un lugar totalmente diferente? Da la vuelta al carrito justo cuando un hombre con una chaqueta naranja brillante se acerca a ella.

–Señora, ¿su hija se encuentra en el tren de la Central Line que acaba de partir en dirección a Oxford Circus? ¿Puede decirme cómo se llama la niña y qué edad tiene?

Pragmático. Sin tonterías. Justo lo que necesita.

–Son dos niñas –contesta sin aliento–. Faye tiene seis años, y Bea, dos.

El hombre alza la radio.

–¿Puede describirlas? ¿Cómo van vestidas?

Cielos, ¿cómo van vestidas? Tiene la mente en blanco.

«Respira. Concéntrate».

No es momento de desmoronarse. Ralentiza sus pensamientos y visualiza a sus hijas tal como las ha visto apenas unos minutos antes.

–Ambas llevan una chaqueta vaquera de color rosa. A juego. –El hombre le hace un gesto con la cabeza para que

prosiga-. Faye tiene el cabello rubio brillante. Bea lo tiene castaño claro, como yo. –Hace una pausa. ¿Cómo más podría describirlas? Divertidas, graciosas, monas, irritantes, adorables y exasperantes. Y ausentes-. Ambas llevan vestido. El de Faye es gris claro. El de Bea es morado. También llevan sandalias marrones. Faye lleva una mochila de la segunda película de *Frozen*. La de Bea es de *La Patrulla Canina*.

El hombre ya no la está escuchando. Se ha llevado la radio a la boca y está transmitiéndole a otra persona lo que Sive acaba de decirle. Dos niñas, de seis y dos años. Totalmente solas en Oxford Circus. O no.

«Mierda».

Un minuto para que llegue el siguiente metro. Sive está haciendo el carrito con más fuerza.

–¿Quiere que lo haga yo? –le pregunta la mujer.

La mira por primera vez. Es algo mayor que ella (tal vez esté en mitad de la cuarentena); tiene el pelo rizado castaño y ojos marrones y amables.

–Oh, no quisiera entretenerla. Seguro que va de camino al trabajo, ¿no es así? –le pregunta al fijarse en la identificación que lleva en torno al cuello.

–No pasa nada; es pronto. Además, su tren llegará en cualquier momento. ¿Quiere que la acompañe?

–Ay, Dios, no puedo pedirle que haga eso –replica Sive con énfasis, a pesar de que desea con desesperación que haga justo eso.

El hombre de la radio les ha dado la espalda, pero en ese momento se gira hacia ellas. Un tren acaba de entrar al andén y, colocándose en fila tras un tumulto de pasajeros, la mujer empieza a empujar el carrito hacia la puerta que se está abriendo. El hombre sonríe a Sive y alza los pulgares.

–Las tienen –dice-. Vaya directa a la siguiente parada, Oxford Circus. Mis compañeros de la estación la ayudarán, señora.

A Sive están a punto de doblársele las piernas, pero la mujer la está llamando e instándola a que se suba al tren.

Las puertas se están cerrando, la mujer le está haciendo un gesto con la mano y el hombre le está sonriendo. Todo va a salir bien.

El trayecto es el más largo de toda su vida a pesar de que no puede durar más de un minuto. No pasa nada. Están bien. Las tienen. Van a quedarse con ellas. No van a dejar solas en un andén a dos niñas pequeñas para que esperen a su madre. A la imbécil de su madre. Dios santo, ¿cómo va a explicarle a Aaron lo que ha ocurrido? No importa. Lo único que importa es llegar allí y verlas de nuevo. El aire es caluroso, pegajoso y difícil de respirar. Sive se siente mareada. Enferma. Con más y más ganas de vomitar con cada bocanada superficial de aire que toma. A su alrededor, por todas partes, los pasajeros se aferran a las barras y leen el teléfono, ajenos a su problema. Ajenos a la necesidad desesperada de que el tren se apresure de una puñetera vez y la lleve a Oxford Circus. Y entonces, de pronto, está allí. Las puertas se abren. Entre la multitud de viajeros, empuja el carrito hacia el andén. ¿Dónde están? Mierda, tendría que haberle preguntado al hombre adónde debía acudir cuando llegara allí. ¿Tal vez el personal fuese a buscarla? ¿Existía algún tipo de punto de encuentro para niños perdidos? Entonces lo ve. Hacia el final del andén. Un destello de tela vaquera rosa palo y de unos rizos castaño claro. Echa a correr.

—¡Bea! —Agarra a su hija de dos años, la atrapa entre los brazos y entierra la cabeza en su melena infantil—. Lo siento mucho, cariño. ¿Te has asustado mucho? ¿Te ha cuidado Faye?

Una mujer ataviada con una chaqueta naranja sonrío ante el reencuentro.

—Hola, cielo. Soy Rita —dice.

Es evidente que está encantada de formar parte del feliz desenlace. Con cuidado, le da a Bea una palmadita en el hombro y Sive le devuelve la sonrisa.

¿Necesitarán Rita o el resto del personal de seguridad algún tipo de confirmación de que es la madre de las niñas?

El abrazo de Bea es una prueba visible y, con seis años, Faye es lo bastante mayor para corroborar quién es.

«Faye».

Sive mira a su alrededor.

—¿Dónde está Faye?

Rita parece confundida.

—¿Quién?

—Mi otra hija.

—No había ninguna otra niña.

Sive oye las palabras, pero no las asimila. La mujer no puede haber dicho lo que acaba de decir. Se sobrepone al rugido del pánico en aumento y vuelve a preguntarle:

—Mi hija de seis años. Faye. ¿No estaba con Bea?

Ahora Rita parece alarmada.

—Me han dicho que buscara a una niña pequeña con una chaqueta vaquera rosa.

—Dos niñas pequeñas con chaqueta vaquera rosa. Dos. —Sive nota que está usando un tono de voz más alto, aterrado—. Estaban juntas. Faye. Faye tiene seis años. Estaba con Bea. —Se gira hacia la pequeña, a la que sigue teniendo entre los brazos—. ¿Dónde está tu hermana, cariño? Bea, ¿dónde está Faye?

—No está —contesta Bea—. Faye no está.

Capítulo 2

Se desata el infierno. Al menos en la mente de Sive. Rita no tiene a su hija. Nadie del personal de la estación tiene a su hija. Y, mientras ella estaba viajando hacia allí en el metro, su hija estaba desapareciendo, dirigiéndose hacia otro lugar totalmente diferente. ¿Seguirá en el tren? ¿Estará en algún lugar del andén? ¿Justo a la entrada de la estación? Pero no habría hecho algo así. Sin duda, no habría salido de la estación. A menos que creyera que era la mejor manera de encontrar a su madre.

–¿Y qué hay del hombre del vagón? –pregunta.

El pánico hace que le falte el aliento. Rita parece confundida.

–¿Qué hombre?

–La otra mujer me ha dicho que en el vagón había un hombre que me ha visto en el andén y ha levantado los pulgares. La frase suena incoherente.

–¿La otra mujer?

Sive cierra los ojos un instante y se obliga a tranquilizarse. «Mantén la calma».

–En Bond Street, una mujer ha visto que había un hombre en el vagón. Cuando le he gritado a Faye que se bajaran en la siguiente parada, él ha hecho un gesto para indicar que lo había entendido. Pensaba que debía de haberlas bajado del tren, que por eso habíamos recibido el mensaje de que estaban en esta estación y que por eso Bea estaba aquí. Ay, Dios.

Rita habla a través de la radio. Entonces llega más personal con chaquetas naranjas. A través de la megafonía se oye

un anuncio, pero Sive no puede concentrarse en él. Está temblando. Tiene ganas de vomitar. Es presa del pánico. Tiene a Bea colgada de la cadera. El carrito junto a ella. Escudriña la multitud de viajeros. Suben con prisas. Se bajan con prisas. Otro tren. Otra multitud. Otra oleada. Ninguna señal. Ninguna pista. Ni rastro de Faye.

Alguien llama a la Policía. Rita, tal vez. O alguno de sus colegas. Más anuncios. Más chaquetas naranjas. Más ceños fruncidos por la preocupación. Pero sigue sin haber ni rastro de Faye. Una agente de Policía. La petición de una fotografía, a poder ser de ese mismo día. Le hacen preguntas. Da descripciones. Toman notas. Envían fotos. Rostros emborronados más allá de las lágrimas de terror.

—¿Hay alguien a quien pueda llamar? —le pregunta alguien. Aaron. Tiene que llamar a Aaron.

Al final le tiende el teléfono a Rita y es ella la que hace la terrible llamada a su marido.

—Estamos haciendo todo lo posible. Estoy segura de que la encontraremos enseguida. Todo el mundo está sobre aviso. En cualquier momento. Chaqueta rosa. Vestido gris. Sandalias marrones. Cabello rubio. ¿Sabe adónde iría en caso de perderse? Claro que puede hablar con su esposa...

Aaron está gritando. Sive tiene que mantener la calma. Intenta explicárselo. Le dice todas las cosas que en ese instante ella misma no cree. Faye aparecerá en cualquier momento. En. Cualquier. Momento.

Solo que no aparece.

Capítulo 3

El hombre que ha bajado a Bea del tren se llama Tim. Ahora está frente a Sive, explicándole algo, pero ella no lo está escuchando. Rita está hablando de nuevo por la radio y una policía que se ha presentado como la agente Denham, de la Policía Británica de Transporte, le está haciendo preguntas a Tim. Sive estrecha a Bea con más fuerza y se obliga a concentrarse en lo que está diciendo.

—Mi novia se ha bajado en Bond Street y me estaba despidiendo de ella cuando he visto a la mujer gritando —le está relatando a la policía—. Entonces me he dado cuenta de que había una niña pequeña justo enfrente de mí. —Señala a Bea—. He supuesto lo que había ocurrido y que le estaba diciendo que se bajara en la siguiente parada.

—¿Y qué hay de la otra niña? —le pregunta la agente Denham. Tim niega con la cabeza.

—Lo siento. No he visto a ninguna otra niña.

Sive va a vomitar.

—Pero también estaba ahí —consigue decir—. Ha subido al tren justo antes que Bea. ¿Cómo es posible que no la haya visto?

Tim se encoge un poco de hombros antes de interrumpirse a sí mismo:

—Lo siento... Me ha costado unos segundos comprender lo que estaba gritando y el vagón estaba atestado. —Alza las manos en un gesto de disculpa—. En ese momento, me he dado cuenta de que la pequeña estaba sola y he preguntado si alguien iba con ella, pero no ha contestado nadie. Supuse lo que había ocurrido, así que la bajé en la siguiente parada.

—¿Iba de camino al trabajo, caballero? —le pregunta la agente de Policía.

Sive cierra los ojos un instante. ¿Acaso eso es relevante? ¿Cómo va a ayudarlos a encontrar a Faye?

—Así es.

—¿Y dónde trabaja, caballero?

—Seis años como jefe de contabilidad de fondos en Anderson Pruitt —contesta Tim, a pesar de que Denham no le ha preguntado cuál es su puesto o cuántos años lleva ocupándolo.

Bajo la neblina del pánico, a Sive le resulta extraño.

—¿Y dónde se encuentra la empresa, caballero? ¿Cerca de aquí? —pregunta la policía.

Sive toma aire entre dientes. De verdad, ¿cómo va a ser de ayuda esa información?

—No, en Liverpool Street.

—Pero ¿se ha bajado aquí?

Tim se sonroja.

—Para asegurarme de que la pequeña estuviera sana y salva. No iba a dejarla sola en el andén.

—¿Y entonces a quién se la ha entregado?

—A un miembro del personal de seguridad. Sabía algo sobre lo ocurrido. Había recibido un mensaje de Bond Street.

—¿Y después?

—Me dirigía hacia las escaleras de salida cuando he visto a esta señora con la pequeña, así que he regresado para... ya sabe... —añade mientras se encoge de hombros.

«Para formar parte del feliz reencuentro —piensa Sive—. Para disfrutar un poco del hecho de ser el buen samaritano».

—Gracias por lo que ha hecho —le dice—, pero ¿está seguro de que no ha visto a otra niña? Tiene seis años. —Con una mano, le indica la altura de Faye—. Llevaba una chaqueta idéntica a la de Bea. Tiene la melena rubia brillante. ¿No la ha visto?

—Lo siento —contesta Tim con impotencia—. Tan solo he visto a la pequeña.

–De acuerdo, caballero. Necesitaré su información de contacto en caso de que precisemos hablar de nuevo con usted –apunta la agente Denham.

Entonces Tim le da su número de teléfono.

Sive se aleja a Bea del hombro para poder mirarla.

–¿Dónde está tu hermana? ¿Dónde está Faye?

–Polis y cacos –contesta la niña con solemnidad mientras mira a Tim y, después, otra vez a su madre–. Polis y cacos en el tren.

Capítulo 4

Aaron se acerca corriendo hacia ella, abriéndose paso entre la multitud y haciendo caso omiso de los gestos de descontento que provocan sus empujones. Con su metro noventa, está allí para ayudar y Sive se siente más ligera al instante. Entre los dos lo solucionarán.

—¿Y Faye? —le pregunta con gesto de impotencia.

Ella sacude la cabeza.

—Todavía nada —contesta en un susurro.

—Dios mío.

Aaron mira en torno al andén atestado y Sive puede sentir hasta el último atisbo de la situación: la multitud, la enorme cantidad de gente, el tamaño de la ciudad, las entradas y salidas sin fin, los túneles oscuros, los trenes que llegan...

—¿Qué ha ocurrido?

Ella se lo explica sin aliento, en ráfagas breves y entrecortadas.

—Pero ¿cómo es posible que no estuvieras subiendo al tren con ellas? —le pregunta él.

—Iba justo detrás; estaba sacando el carrito del ascensor. Les he dicho que se dieran prisa y entonces...

Cierra los ojos.

—¿Y entonces qué?

—Me ha sonado el teléfono. Estaba intentando ver quién era y rechazar la llamada. —Aaron sacude la cabeza—. No he tardado más de un segundo, pero...

—Suficiente para que las puertas se hayan cerrado. Lo sé.

Su marido le frota el brazo y ese gesto de amabilidad hace que se le llenen los ojos de lágrimas.

La agente Denham carraspea y se dirige a Sive:

–Su hija pequeña ha dicho algo sobre «polis y cacos», como si Faye hubiese estado persiguiendo a alguien o algo, como en el juego. ¿Tiene eso algún sentido para usted? ¿Se le ocurre algo tras lo que podría salir corriendo?

Ella niega con la cabeza.

–No tengo ni idea.

Tim sigue por las inmediaciones, observando, y la policía se gira hacia él.

–¿Vio algo así? ¿Vio a una niña corriendo?

–No, pero el metro estaba abarrotado. No creo que nadie hubiera podido ir corriendo a ninguna parte.

Aaron parece confundido.

–¿Y usted quién es? –le pregunta a Tim.

–Este es el caballero que ha cuidado de su hija pequeña, la ha bajado del tren y se la ha entregado al personal de seguridad –le explica la policía.

Él frunce el ceño.

–¿Y asegura que no ha visto a Faye?

«Asegura...». Sive se muerde el labio.

Con las mejillas ruborizadas, el hombre se yergue un poco.

–No vi a su otra hija, no.

La agente Denham los interrumpe:

–Ya hemos hablado de esto y tenemos sus datos de contacto en caso de que necesitemos más información. –Su tono de voz parece decir: «Aquí soy yo la que hace las preguntas»–. Si pudiésemos volver a lo que ha dicho su hija pequeña... A veces, sin pensarlo, los niños pequeños salen corriendo detrás de alguna cosa y se pierden. Persiguen una pelota o una mariposa y...

–¿Una mariposa en el metro?

Aaron suena incrédulo y Sive quiere decirle que se controle, que necesitan toda la ayuda posible y que todo el mundo esté de su parte.

–¿Se le ocurre alguna cosa que su hija hubiera podido perseguir? –pregunta la policía con tono monocorde.

Sive mira a Bea y piensa en lo que ha dicho.

«¿Y si no se trata de eso? ¿Y si Faye no se ha puesto a perseguir una pelota o una mariposa? ¿Y si alguien la estaba persiguiendo a ella?».

–Bea, mi vida, ¿iba alguien corriendo detrás de Faye?

La pequeña la mira con gesto inexpresivo. Un hombre que se apresura para llegar al metro pasa entre ellas y, momentáneamente, separa a Sive de Denham. Sin embargo, ella vuelve a intentarlo.

–Cariño, ¿puedes señalar dónde está tu hermana?

A Bea le tiembla el labio inferior.

–Cheche.

–¿Qué ha dicho? –pregunta la policía mientras se lleva una mano a la oreja para intentar oír algo por encima del clamor de la hora punta.

Sive sacude la cabeza.

–Tan solo quiere leche.

–¿Cree que podría contarnos algo más adelante? –pregunta Denham–. Tal vez ahora mismo esté cansada o hambrienta.

–Acaba de cumplir dos años –replica Aaron de forma seca–. No puede contarnos nada.

«Aaron...», suplica Sive en silencio. Darse esos aires en ese momento no les va a servir de ayuda. La agente de Policía no es uno de sus testigos en los tribunales.

–Todavía no sabe muchas palabras –le explica a Denham–. No sé cuánto podrá contarnos más allá de lo que ya nos ha dicho. Pero ¿y si eso significa que alguien estaba persiguiendo a Faye? ¿Y si alguien la ha asustado y ha hecho que saliera corriendo? Tal vez siga en el tren o se haya escondido en una estación.

–Ahora mismo hay agentes en el tren y están comprobando todas las paradas. El personal del Metro de Londres también está ayudando. La encontraremos. Esta línea tiene una cantidad limitada de estaciones y revisaremos todas y cada una de ellas.

–¿Y si ha salido de una de las estaciones? –susurra Sive.

Un anuncio resuena a través del sistema de megafonía, así que Aaron espera para hacer la siguiente pregunta:

—¿Le habría dado tiempo?

—Han pasado unos seis o siete minutos... —La voz de Sive se apaga, asfixiada por el pánico. Se aclara la garganta—. Entre la espera para el siguiente metro y llegar hasta aquí. El personal de seguridad ya la estaba buscando, pero no es posible que... no es posible que hayan cubierto todas las estaciones de inmediato.

—Dios mío. —Aaron se pasa las manos por el pelo mientras da vueltas en círculos con lentitud. Entonces vuelve a mirar a su mujer—. Estamos en una ciudad con ocho millones de personas y Faye podría estar en cualquier parte.

Ella asiente, incapaz de hablar. Su hija ha desaparecido en un tren en marcha y nadie ha visto nada.

Capítulo 5

Tres días antes, viernes Hotel Meridian

—¿Estamos listos para marcharnos? Faltan cinco minutos para las tres.

Aaron le dio un golpecito al reloj, el carísimo Tag Heuer recién comprado que, casualmente, se había regalado a sí mismo justo a tiempo para el reencuentro. Llevaba cinco minutos dando vueltas de un lado para otro de la habitación mientras esperaba a que Sive terminase de amamantar al bebé. Ella casi podía ver sus huellas sobre la alfombra azul y dorada. En la salita contigua, Faye y Bea estaban viendo los dibujos animados. No estaba muy segura de por qué Aaron había reservado una *suite* o de por qué necesitaban una salita cuando su propio dormitorio ya contaba con una: un sofá azul pálido con sillones a juego que rodeaban la elegante mesita de café de madera de caoba frente a una enorme aunque discreta televisión, todo ello en consonancia con el lujo en absoluto comedido del hotel Meridian. Aunque, por otro lado, también era agradable poder cerrar la puerta de vez en cuando y no tener que oír *La Patrulla Canina* o *Peppa Pig*.

—Creo que ya casi ha terminado de mamar —le dijo a su marido—. ¿Puedes encargarte de que las niñas se pongan los zapatos?

Tal vez aquella fuese una mejor manera de emplear su tiempo que desgastando la alfombra del hotel. Aaron tenía la costumbre de deambular de un lado para otro. Al conocerlo, había creído que era una muestra de nervios, pero,

con el tiempo, tras presenciar cómo se preparaba para los juicios, se había dado cuenta de que más bien era una muestra de energía a punto de estallar, de ganas de ponerse manos a la obra. En aquel momento, parecía como si estuviera a punto de abandonar la alfombra y salir al pasillo del hotel de un salto. Solo que en aquella ocasión no se trataba de un juicio, sino de un reencuentro para conmemorar veinte años de amistad con sus antiguos compañeros de piso de Londres. Ocultando una sonrisa, pensó que, en el caso de Aaron, eso significaba que había muchísimo más en juego.

—¡Se supone que tiene que ser divertido! —le había dicho ella en Dublín mientras preparaba la maleta compartida de Bea y Faye—. Te estás comportando como si fuese una especie de concurso. ¿Y por qué estás husmeando las actualizaciones de trabajo de tus amigos? ¿Por qué no esperas a que lleguemos a Londres para que te las cuenten ellos en persona?

Aaron estaba leyendo los perfiles de LinkedIn de sus antiguos compañeros de piso y actualizando el suyo.

—¿Crees que ellos no van a estar mirando el mío también? ¿Crees que Burner y Trigger no estarán ahora mismo leyendo mi perfil de arriba abajo en busca de algún hueco?

Burner era Scott Burns, el mejor amigo de Aaron desde hacía muchos años, así como su «amienemigo» y rival. Trigger era Dave Taylor, un tipo cuya carrera no suponía ningún tipo de amenaza para su marido. En cierta ocasión, habían llamado «Trigger» a Dave a la cara (se trataba de un mote afectuoso inspirado en el personaje de una comedia al que no se conocía precisamente por su intelecto). En aquel momento, Aaron seguía llamándolo «Trigger», pero solo a sus espaldas.

—¿En serio me estás preguntando si Scott y Dave están husmeando ahora mismo tu perfil de LinkedIn? ¿Quieres una respuesta sincera? —Le sonrió, sacudió la cabeza y comenzó a inspeccionar el contenido de la mochila de mano de Faye: un osito de peluche con un pasaporte de juguete, un cepillo para el pelo, una cajita de ceras y un cuaderno diminuto. Todos los básicos y ni rastro de líquidos u objetos

punzantes furtivos. Comenzó a preparar su propia bolsa—. En todo caso, siempre dices que a Scott no le importa lo que los demás piensen de él.

—Y no le importa, pero le encanta buscarme las cosquillas y competir conmigo con el único propósito de molestarme.

—Entonces tal vez deberías convertirte en una persona a la que cueste menos enfadar —replicó ella con ligereza—. Además, viste a Dave el verano pasado y quedaste con Scott en junio. No es como si, desde que vivíais juntos, no os hubierais vuelto a ver cada dos años.

—Sí, pero es la primera vez que vamos a estar todos juntos en un mismo sitio desde... bueno, desde el funeral.

—Ah.

Un silencio.

—No solo han pasado veinte años desde que nos conocimos. También han pasado quince años desde que Yasmin murió. El lunes es el aniversario.

Sive dejó de hacer lo que estaba haciendo.

—Podrías habérmelo contado.

—Lo siento. No me gusta hablar de ello, ya lo sabes.

Claro que lo sabía. Había aprendido que no debía hacer preguntas sobre la prometida de Aaron que había fallecido. Su marido hablaba sin parar y, aun así, también era como un libro cerrado.

—¿Y no será un poco raro? Tal vez no debería asistir. Yo no llegué a conocer a Yasmin.

Él le dio un beso en la mejilla.

—No te preocupes. Brindaremos por ella, pero, más allá de eso, nadie hablará de lo que ocurrió. A Nita no le gusta y todos solemos seguir su ejemplo.

Sive asintió. A Nita, la hermana de Yasmin, le gustaba hablar sobre todo de sí misma, por lo que aquella le pareció una predicción razonable.

—Bueno, ya he terminado de preparar el equipaje de Faye y Bea. Meteré la ropa del bebé con la mía. —Hizo una pausa—. A menos que ya la hayas metido con la tuya, por supuesto.

Con gesto ausente, Aaron negó con la cabeza sin apartar la vista del teléfono. No se había percatado del sarcasmo.

Un día después, en aquella *suite* del hotel londinense, a pesar de que sabía todo lo que había que saber sobre sus antiguos compañeros de piso, a pesar de su certeza silenciosa de que estaba a la altura e incluso los había superado, estaba hecho un manojo de nervios. Y sus hijas seguían descalzas y viendo los dibujos animados.

—Aaron, por favor, termina de arreglar a las niñas y para cuando estéis listos habré acabado de amamantar.

Él asintió y se dirigió a la habitación contigua, donde se encontraban Faye y Bea. En silencio, Sive soltó un suspiro.

En la cama que se encontraba junto a ella, sobre la colcha blanca y prístina perfectamente colocada, su teléfono sonó con la notificación de un correo electrónico. Estiró la cabeza para ver de quién se trataba sin cambiar al bebé de postura. Era de la editora fotográfica del periódico, que quería una fotografía más reciente de un actor al que había entrevistado. Mierda. Echó un vistazo a la puerta que conectaba con la habitación de al lado. Le había prometido a Aaron que no tendría que trabajar durante aquel viaje a Londres, pero aquello no le llevaría ni un segundo. Con una sola mano, tecleó una respuesta: le pediría al publicista otra fotografía y se la reenviaría lo antes posible.

Aaron volvió a entrar en el dormitorio, sacudiendo la cabeza, exasperado.

—¿Ya están listas? —le preguntó ella.

—Faye insiste en quitarse los pantalones cortos y ponerse un vestido, pero le he dicho que no puede.

Aquello también era muy propio de su marido: se había saltado el capítulo del manual sobre crianza de los hijos en el que se hablaba de escoger qué batallas luchar.

—No pasa nada. Déjala que se cambie.

—¡Ay, Sive, ahora no puedo retractarme! Si socavas mi autoridad, nunca van a hacerme caso y seré «papi, el tonto» por siempre jamás.

Puso los ojos en blanco, pero estaba sonriendo. Sabía que le encantaba ser «papi, el tonto».

—No es socavarte si hay un buen motivo. Me apuesto algo a que quiere ponerse un vestido para que no se le vean los puntos de la pierna, eso es todo.

Durante un instante, pareció confuso, como si ya se hubiese olvidado de los puntos. Aunque, claro, no había sido él el que la había tenido que levantar del suelo cuando se había caído de la valla. No había sido él el que había tenido que ocultar un escalofrío al ver el corte que el clavo le había hecho en la pierna. No había sido él el que la había tenido que llevar a una clínica Swiftcare para que le dieran puntos y le pusieran la antitetánica mientras cuidaba también de Bea y de Toby. La noche anterior él había llegado a casa del trabajo y se había enterado de lo sucedido después de que hubiese ocurrido. Así eran las cosas. Él trabajaba a jornada completa y ella solo a media jornada. No era culpa suya no haber podido estar ahí para ayudar, pero sí podía ayudar en aquel momento.

—Toma, cuida a Toby —le dijo mientras se ponía en pie—. Yo me encargo de las niñas.

Aaron tomó al bebé y enseguida le acarició la mejilla. Sive se detuvo un instante para contemplarlo. A veces su marido la volvía loca, pero, cuando se trataba de sus hijos, era un enorme trozo de pan.

Prosiguió hasta el dormitorio de las pequeñas, que se encontraba al otro lado de la salita.

—Muy bien, en marcha —dijo mientras daba una palmada con las manos al más puro estilo Mary Poppins—. Es hora de ir al gran reencuentro de papá.

El bar-biblioteca del hotel Meridian estaba animado y lleno de gente. A pesar de que eran las tres de la tarde de un viernes y, en el mundo de Sive, la mayoría de la gente seguiría trabajando, casi todas las butacas de respaldo alto estaban ocupadas. Unas cortinas pesadas color verde oliva con contrastes en beis cubrían las ventanas que llegaban del suelo al techo y

dejaban pasar la luz mientras, al mismo tiempo, creaban una sensación de calidez y privacidad. Encastradas en las paredes había unas estanterías con los libros con cubiertas de cuero que conformaban la susodicha biblioteca. Unos espejos con marcos dorados y unas lámparas altas completaban el efecto. Aquel bar era el epítome del lujo y el buen gusto, aunque no era un lugar al que de normal Sive habría llevado a sus hijos.

Faye y Bea iban por delante de ellos, dando saltitos y bordeando los sillones de terciopelo verde y marrón. Estuvieron a punto de derribar un jarrón con crisantemos rosas de una refinada mesa alta que había en el centro de la sala. Sive ocultó un suspiro. Iba a ser una tarde muy larga y ni siquiera se habían sentado todavía.

Cuando lo hicieron, la incompatibilidad fue evidente de inmediato. Scott, Nita, Maggie y Dave estaban sentados en torno a una mesa baja de caoba, junto a la ventana. Frente a ellos, en posavasos de plata, había un botellín de cerveza, una tónica, una copa de rosado y una pinta de Guinness. Los tres hijos de Sive estaban a punto de fastidiar el ambiente estiloso de un modo inconmensurable. Gruñó para sus adentros cuando Faye salió corriendo hacia la barra gritando algo sobre una naranjada y Bea, que la había seguido, se tropezó por el camino y se cayó.

–¡Ah, aquí están! ¡A tu salud, colega! –dijo Dave mientras alzaba su pinta de Guinness y se ponía de pie para darle a Aaron una palmadita en la espalda–. *Benvenuti! Salute!*

Sive no tenía ni la más remota idea de por qué Dave (que, por norma general, era el menos pretencioso del grupo) estaba hablando italiano, pero mantuvo una sonrisa firme en la cara mientras los demás se ponían de pie y se sucedían los saludos, los abrazos y los besos. A lo largo de los años, Sive había estado con todos ellos en diferentes ocasiones, pero no dejaban de ser los amigos de su marido. Y ninguno de ellos estaba casado. O tenía hijos. Al menos no que tuvieran que cuidar en aquel momento, en aquel opulento hotel del centro de Londres. Se mordió el labio.

–Siento que hayamos llegado tarde –dijo mientras todos volvían a ocupar sus asientos–. Somos los únicos que nos alojamos en el hotel y, aun así, somos los últimos en llegar.

Puso los ojos en blanco con gesto de disculpa.

–No pasa nada –le aseguró Maggie con su suave acento de Edimburgo–. Estamos todos más que encantados de tener una excusa para tomarnos la tarde libre en el trabajo. He disfrutado de estar aquí sentada, con mi rosado, viendo la vida pasar.

–Eso es porque has llegado cuarenta minutos antes –dijo Nita antes de girarse hacia Sive–. Maggie es la mujer más extraordinariamente puntual de Gran Bretaña. Tan solo tiene un modo de funcionamiento: llegar temprano.

–Lo que, como era de esperar, hace que los meros mortales nos sintamos desesperados al pensar que llegamos tarde incluso cuando no es así –concordó Scott–. Y, ahora, con su nuevo y elegante reloj, será incluso peor.

Con un gesto de la cabeza, señaló una caja de regalo abierta que había en el centro de la mesa. De pronto, Sive se sintió inquieta ante la idea de que fueran a intercambiar regalos, de que el aviso se le hubiera pasado por alto. De todos modos, ¿por qué debería haber regalos en un reencuentro como aquel?

Scott se giró hacia Maggie.

–Venga, déjanos verlo.

Ella estiró el brazo para mostrarle un reloj inteligente de un tono gris paloma con la correa en color cobre.

–¿No es precioso? –dijo. Entonces se giró hacia Nita–. ¿Estás segura de que no lo quieres tú?

La otra mujer le sonrió con benevolencia.

–Dios, no. Las diferentes marcas no dejan de enviarme cosas. A estas alturas, tengo como ocho o nueve relojes, así que puedes quedártelo sin problema. ¿Sabes que tiene GPS?

–¡Increíble! No es que sepa cómo usarlo, pero suena muy bien.

Dave ladeó la cabeza mientras contemplaba el reloj.

–Mmmmm. Ese modelo solo funciona si también llevas encima el teléfono. Lo que necesitas es uno que lo haga sin el móvil. ¿Sabíais que pueden utilizarse para encontrar a gente desaparecida? Lo leí el otro día en el trabajo...

–¡No! ¡Dave va a contarnos otra de sus batallitas del trabajo! –comentó Scott con horror fingido–. Eso es incluso peor que la excesiva puntualidad de Maggie.

Maggie estiró el brazo al otro lado de la mesa para darle un manotazo, pero estaba sonriendo.

–Oye, que te he visto fuera dándole caladas a ese cigarrillo electrónico. No tenías demasiada prisa.

Él le devolvió la sonrisa.

–Ay, venga, déjame tranquilo con los pocos placeres que me quedan. He dejado el tabaco de verdad. Ya es algo...

–Ya iba siendo hora. Solo que llega quince años tarde para esos pobres vecinos cuyo cobertizo...

–Sí, sí, no sigamos por ahí. No todos podemos ser tan perfectos como tú, Maggie –dijo Scott, interrumpiéndola. Seguía sonriendo, pero en aquel instante su tono de voz sonaba más afilado–. Sea como fuere, estamos aquí, es viernes, nadie está trabajando y tenemos bebida.

Alzó la copa y los demás lo imitaron. Nita dio una palmada.

–¡Vamos a hacernos una foto ahora que estamos todos!

Se puso de pie con el teléfono en alto para sacar un selfi del grupo.

Sive se mantuvo cerca del límite del encuadre, pues no estaba segura de si debía aparecer en la fotografía o no.

–¿Por qué no os la hago yo? –dijo mientras sacaba su móvil y se ponía de pie.

Apartó de en medio su sillón y rodeó la mesa para tomar la instantánea.

Ahí estaban: Dave, Scott, Nita, Maggie y Aaron, sonriendo en dirección a su cámara. Dave, con su cabeza cada vez más calva y su habitual gesto tímido. Scott, con su melena rubia descolorida, su palidez llena de manchas y unas gafas estilo aviador sobre la cabeza. Nita, la princesa, con unos

resplandecientes dientes blanqueados. Maggie, la sensata y discreta Maggie, que se estaba colocando un rizo pelirrojo detrás de la oreja. Y Aaron, que, según su opinión totalmente sesgada, seguía tan apuesto como la primera vez que había posado los ojos en él.

Sacó tres fotos, volvió a sentarse y les prometió que se las enviaría al grupo de WhatsApp a pesar de que, en realidad, no formaba parte de dicho grupo de WhatsApp.

Scott se giró hacia Aaron.

–Bueno, ¿cómo va todo por el mundo del crimen? ¿Algún caso grande en marcha?

«Directo al grano», pensó Sive. Nada de «¿Cómo ha ido el viaje?» o cualquier otro tipo de charla intrascendente. Pero a Aaron le encantaba que fuese así: presentarse ante el tribunal, hablar de trabajo, ser el centro de atención.

–Bien. Ocupado. Ya sabes cómo es: un no parar.

–He leído sobre el tal Brosnan al que estás defendiendo. Eso está a otro nivel. –Scott sacudió la cabeza con lo que parecía envidia disfrazada de admiración–. ¿Seguro que no estás intentando abarcar demasiado?

Con las mejillas rubicundas, se rio para demostrar que estaba bromeando.

–Puedo apañármelas.

–Por lo que he leído –prosiguió el otro con cuidado–, esa banda criminal que tenéis en Dublín, los Callan, está apos-tándolo todo para que condenen a Pete Brosnan y que su hombre no esté en el punto de mira.

–Estás bien informado, amigo mío.

Aaron alzó la pinta que acababan de dejarle enfrente. Scott sacudió la cabeza, fingiendo estar apesadumbrado.

–Un grupo horrible. Si no recuerdo mal, tienen tendencia a meter a la gente en bolsas y arrojarla al río.

–¿Cómo sabes tanto sobre ellos? –preguntó Aaron por encima del borde de su vaso.

–En mi antiguo bufete, tuvimos un caso en el que estaba involucrado uno de los Callan. Unos tipos intimidantes.

–Exhaló de forma audible con los labios fruncidos–. Debes de estar un poco preocupado por lo que puedan hacer si tu cliente queda en libertad.

Sive dio un respingo. Aquello estaba empezando a sonar como si Scott se hubiera pasado los últimos tres días leyendo los casos de Aaron y se hubiera preparado para atacarle con alguna indirecta pasivo-agresiva planeada con mucho cuidado. Se había pasado veinte años trabajando muchísimas horas hasta que un despido dos años atrás lo había convertido en una persona muy rica, pero que se aburría mucho.

–Si me asustaran todas las personas con intereses personales, no podría hacer mi trabajo. Ya lo sabes, Burner –contestó Aaron con tono monocorde–. O, al menos, lo sabías.

–Ja. Una cosa son los intereses personales y otra muy diferente las bandas criminales asesinas y sanguinarias –replicó Scott con una carcajada–. ¿Tú qué opinas, Sive? ¿No te preocupa que vayan a por tu marido a punta de pistola?

Nita y Maggie sacudieron la cabeza, desesperadas.

–¡Scott, ya basta! ¡Y más cuando las niñas están presentes! –lo reprendió Maggie.

Ella sonrió.

–Aaron ya ha tenido que lidiar con tipos desagradables en el pasado. Puede arreglárselas –contestó mientras entrechocaba su copa de ginebra con la pinta de su marido.

En realidad, odiaba aquel tipo de casos. Odiaba pensar en ellos. Por norma general, enterraba la cabeza y evitaba leer nada al respecto. Sin embargo, por cada caso relacionado con bandas criminales, había otro en el que estaba involucrada una persona del todo normal que había cometido un error y había acabado ante los tribunales, el tipo de persona que se merecía una segunda oportunidad y, cuando menos, la mejor defensa que pudiera encontrar. A toda velocidad, tal como ocurría siempre, una palabra acompañó a ese pensamiento: «Hipócrita».

–En fin... basta de hablar de mí –dijo Aaron–. ¿Cómo va el pilotaje, Burner? ¿Te arrepientes de algo?

Scott también había ejercido de abogado criminalista. Cuando estaban empezando, Aaron y él habían trabajado juntos. Además, habían estrechado lazos todavía más gracias a que habían formado parte del mismo club de remo. Habían compartido una casa en Stratford, en la zona este de Londres, junto con Maggie, Dave y Nita. Ambos se habían casado y habían tenido tres hijos, pero, cuando lo habían despedido, Scott había abandonado la abogacía por completo para empezar a formarse como piloto. Más o menos por aquel entonces, Caron, su esposa, lo había abandonado por un productor musical millonario. «¿Quién lo habría imaginado?», había dicho Aaron al enterarse.

–De nada –contestó el hombre mientras se recostaba en el sillón y se ponía las manos detrás de la cabeza–. Ver el mundo, el cielo... y a las azafatas –añadió con un guiño.

Junto a él, Nita soltó un gruñido y se llevó una mano de manicura preciosa a la frente. Como siempre, a Sive le llamó la atención lo mucho que se parecía a su hermana. O, al menos, al aspecto que habría tenido su hermana si hubiese vivido otros quince años. Yasmin, el fantasma que planeaba sobre cada encuentro. Y, a veces, sobre su matrimonio.

–Tú solo te encargas del despegue y el aterrizaje, ¿no? –comentó Aaron–. El piloto automático se encarga de todo lo demás.

«Ay, Aaron...». Sive le dio un trago a su ginebra.

Scott volvió a inclinarse hacia delante.

–No es tan sencillo. Digamos tan solo que los pros superan con creces los contras. Al menos aquí no monto un circo y me crecen los enanos.

–O, en tu caso, más bien los pitufos –bromeó Maggie para relajar el ambiente.

Sive le dedicó una sonrisa. Al igual que el resto de los compañeros de piso, Maggie tenía cuarenta y dos años, pero siempre había parecido mayor. No tenía nada que ver con su apariencia: la piel sin arrugas y sus rizos rojos, largos y preciosos, hacían que resultase difícil adivinar su edad. Sin

embargo, poseía el tipo de madurez tranquila que poseen algunas personas. Según Aaron, en el tiempo que habían compartido, siempre había sido la sensata, la que se acordaba de pagar la factura de la electricidad y sacaba la basura; la aburrida, según él, un poco pedante y a veces crítica. Sive tenía la impresión de que Aaron se sentía criticado de forma automática solo porque Maggie no bebía tanto como el resto, porque, hasta donde sabía, la mujer jamás había pronunciado una sola palabra que sugiriera que estaba juzgando a ninguno de ellos. En el pasado, también había trabajado en la abogacía, en una oficina de un piso cuarenta en Canary Wharf. Al igual que Scott, había cambiado de carrera. Pero, a diferencia de él, había optado por algo menos glamuroso y era la gerente de una clínica de medicina familiar en un barrio de las afueras.

—No lo entiendo —dijo Dave mientras se metía un caramelo de menta en la boca.

Maggie soltó un leve suspiro.

—«Pitufos»... Una forma de referirse a los policías —le explicó Scott—. Dave, eres un policía de pega, ¿cómo es posible que no hayas captado el chiste?

—No empieces con lo de que soy un policía de pega, Burner —replicó él mientras les ofrecía a todos el paquete de caramelos de menta Polo—. Esa broma tiene que tener plazo de prescripción.

—¡Jamás! —contestó Aaron mientras alzaba su vaso.

Los demás hicieron entrechocar sus propias copas, incluido Dave, que se estaba sonrojando.

Sive se sentía mal por él. Mientras las carreras de los demás habían ido viento en popa dentro de sus respectivos rascacielos, Dave había comenzado a trabajar como investigador civil (o civi, como se llamaban a sí mismos él y sus colegas) para la Policía Metropolitana. Y, veinte años más tarde, seguía haciendo básicamente lo mismo. De vez en cuando había cambiado de puesto, pero, a ojos de los demás, mientras ellos estaban en los tribunales, salvando el

mundo caso a caso, el trabajo de su amigo consistía sobre todo en buscar y recopilar información.

Por lo que Sive sabía, aquel era un trabajo esencial dentro de cualquier cuerpo de seguridad, pero los demás, con sus salarios de siete cifras, tendían a menospreciar a Dave en silencio. La broma de siempre consistía en que, según ellos, en realidad quería ser un agente de Policía «de verdad» y, a lo largo de los años, cada vez que se reunían, sus antiguos compañeros de piso le habían regalado lupas, esposas y un suministro interminable de cuadernitos negros. En aquel momento, su trabajo consistía en seleccionar candidatos para los puestos de Policía, por lo que estaba lo más lejos que se podía estar del trabajo policial consistente en actos de servicio, pero, por lo que podía ver, parecía contento y más que capaz de restar importancia a las bromas.

—Hablando de eso... —dijo Scott mientras estiraba el brazo hacia una bolsa de regalo que tenía a los pies—. Como siempre, tenemos un regalo para ti, Dave.

Aaron hizo un redoble de tambores sobre la mesa. Dave soltó un gemido, pero estaba sonriendo. Nita negó con la cabeza, pero también tenía una sonrisa en la cara. El gesto de Maggie era impasible. Scott sacó una gorra de béisbol azul marino con el dibujo de una placa de Policía en la parte frontal, se estiró sobre la mesa y se la colocó a su amigo en la cabeza. Todos vitorearon y Dave hizo una pequeña reverencia mientras decía que era perfecta para cubrirse la creciente calvicie.

Mientras pasaba la vista en torno a la mesa, Sive pensó que todos ellos adoptaban con mucha facilidad sus antiguos papeles. Todos excepto tal vez Nita, que acababa de experimentar el mayor cambio de todos.

—¿Cuándo sales de cuentas? —le preguntó.

—En febrero —contestó la otra mujer—. Todavía queda mucho tiempo —añadió mientras daba un sorbo a su copa—. No es ginebra, por cierto. Tan solo es tónica.

Sive sonrió.

–El primer embarazo es toda una revelación.

–Solo si no estás preparada –replicó Nita–. He investigado mucho de antemano. Nunca entenderé a la gente que se lanza a la piscina sin haber leído nada al respecto.

Sive asintió con gesto educado. Cuando la raya había aparecido en el test aquella primera vez, ella no sabía absolutamente nada sobre embarazos. Y, durante la mayor parte del suyo, había permanecido en un estado de desconcierto mientras tanteaba el terreno sobre la marcha. En cualquier caso, las circunstancias no eran las mismas. Nita había planeado su embarazo de forma meticulosa y había optado por ser madre soltera con inseminación intrauterina en lugar de, tal como decía ella misma, «conformarse con algún perdedor de Tinder». Sive, por el contrario, no había planeado su primer embarazo en absoluto.

Echó un vistazo a Faye, que estaba sentada en la alfombra verde y suave, quitándose los zapatos. Había tomado el teléfono de su madre y se había alejado un poco de Bea, deseosa sin duda de poder descansar de la compañía de su mayor fan y provocadora constante.

Nita siguió su mirada.

–Dos niñitas... qué ricura. Es muy probable que sean mejores amigas.

Sive negó con la cabeza.

–¡Ja! Qué va. Se matarían la una a la otra.

La otra mujer pareció sorprendida.

–¿De verdad? Eso es horrible.

–Bueno, tan solo me refiero a las cosas típicas entre hermanos. Bea quiere hacer todo lo que hace Faye, quien se cansa de que la siga a todas partes e intenta escapar. A cambio, Bea hace todo lo posible por mantener las atenciones de su hermana: puede que le dé un abrazo o puede que le dé una patada.

Como si le hubieran dado pie, Bea se acercó de forma furtiva a Faye y se sentó tan cerca que casi estaba encima de ella. El tema del espacio personal no era su punto fuerte.

–¡Dios mío! Es terrible que no se lleven bien.

–Ah, no... Aunque a veces Faye se enfade con Bea, es muy paciente con ella. Y que los dioses se apiaden de cualquiera que haga llorar a su hermanita, porque saltará a defenderla de inmediato. Por casualidad, me oyó contándole a Aaron que había un niño en la guardería que no dejaba de darle pellizcos a Bea y...

–¡Pellizcos! ¡Qué horror! ¿Se impuso alguna medida disciplinaria?

«Santo cielo...». Nita iba a sufrir un duro golpe cuando su hijo empezase a ir a la guardería.

Sive sonrió.

–Es algo normal entre niños pequeños. No pasa nada. Sin embargo, Faye nos oyó hablando del asunto y, al día siguiente, cuando fuimos a recoger a Bea, se acercó al otro niño y le dijo que, si volvía a pellizcar a su hermana, volvería a por él y le pellizcaría el doble de fuerte. Así que, aunque a Faye pueda irritarle su sombra diminuta, si alguien le hiciera daño a Bea, iría hasta los confines de la Tierra.

Nita tomó su móvil y tecleó algo. Después la miró.

–Estoy tomando nota para buscar libros sobre guarderías y violencia. Investigo mucho –le explicó–. Como es evidente, dado que voy a hacer esto yo sola, no puedo confiar sin más en que todo salga bien. Tengo que ser organizada.

Sive nunca había conocido a una persona más organizada que Nita y no había dudado de ella ni por un instante. Si bien Maggie era la mamá de la casa (aquella de la que dependían para que hiciera las cosas sin darles mucha importancia), Nita era la administradora, un papel que no siempre había sido necesario o bien recibido. Según Aaron, había elaborado hojas de cálculo para la rotación de las tareas de limpieza, había creado fórmulas de Excel para los cálculos ponderados de las facturas que pagaban a medias y había pegado en la nevera una lista de normas muy estrictas para la casa. Aquella meticulosidad, de la que no se avergonzaba, le venía bien en el trabajo: al igual que Aaron, trabajaba en el ámbito legal

y disfrutaba de la atención al detalle que requería su puesto como jefa del departamento jurídico de un banco multinacional. Cuando aún compartían casa, aquellas habilidades no habían logrado que ganara ningún concurso de popularidad, pero eso nunca le había importado.

—Por supuesto. Y serás una madre increíble —dijo Sive mientras echaba un vistazo a sus hijas, que estaban discutiendo por el teléfono móvil.

Nita también las miró.

—La más pequeña, Bea, es muy guapa. No se parece en nada a ti, Sive... ¡Es una niña de papá!

—Eh... Gracias, supongo.

La otra mujer prosiguió como si nada:

—Y Faye también es bastante guapa, con ese precioso cabello rubio. Tanto tú como Aaron tenéis el pelo mucho más oscuro... ¿De dónde ha sacado esa hermosa melena? —Soltó una carcajada tintineante—. Me apuesto algo a que la gente os pregunta si es adoptada. Yo me planteé la adopción, pero pensé que la inseminación intrauterina sería una mejor opción para mí, más propia del siglo XXI... —Sive asintió, pues no sabía muy bien qué contestar a eso. En su lugar, echó un vistazo al carrito donde se encontraba el bebé—. ¿Qué tiempo tiene ahora...? —Nita hizo una pausa. Al parecer, no estaba muy segura del nombre—. ¿Qué tiempo tiene ahora el pequeño?

—Toby tiene cuatro meses —contestó ella—. Así que, gracias a Dios, todavía duerme mucho por las tardes. Las otras dos ya dan bastante guerra.

Ambas volvieron a mirar a Faye y a Bea, que seguían sentadas juntas, pegadas a algo que estaban viendo en el móvil. Mientras las observaban, Bea golpeó con el pie el vaso de su hermana, lo que hizo que los restos del refresco de naranja salpicaran una de las correas de la mochila de *Frozen* que a Faye tanto le gustaba. Sive contuvo la respiración. La salpicadura era pequeña. Si su hija no se daba cuenta, ella no iba a decirle nada. El bar-biblioteca del hotel Meridian

no parecía el mejor lugar para que tuviera una rabieta porque su hermana le había estropeado la mochila. Sin embargo, Faye seguía absorta en el móvil (gracias, YouTube) y Sive se salvó por los pelos.

–Con mi hijo, no pienso seguir la ruta tecnológica –caviló Nita–. Los cuentos y las canciones infantiles son muy importantes para el desarrollo del cerebro.

–Bueno, si quieres practicar, puedo sacar un cuento para que se lo leas a las niñas –dijo Sive con una sonrisa radiante–. Me vendría bien recuperar el teléfono. Aunque supongo que eso significará que las tendremos encima... Pero, por otro lado, te servirá para acostumbrarte a lo que está por venir...

Un gesto de preocupación atravesó los hermosos rasgos de Nita.

–Ay, pero parecen muy contentas ahora mismo. Es mejor que lo dejemos estar mientras el pequeño...

Miró el carrito.

–Toby –dijo Sive.

–Mientras el pequeño Toby esté durmiendo.

–Desde luego –contestó ella mientras tomaba su ginebra. Aquellos cuatro días en Londres iban a ser muy largos.